

MARIANA RONDÓN Directora de 'Pelo malo'

«La superficialidad favorece al poder»

L. MARTÍNEZ / San Sebastián
Cuenta Mariana Rondón (Barquisimeto, Venezuela, 1966) que por San Sebastián, todo. Y todo incluye rechazar ir al festival de Venecia y acudir al de Toronto con «muchas precauciones». «Pedimos permiso antes a Rebordinos», recuerda con una sonrisa que no hay forma de disimular. El sacrificio, por así decirlo, tiene ahora recompensa. La directora venezolana ha conseguido la Concha de Oro en la que hace su tercera película, *Pelo malo*, un duro retrato de una sociedad homófoba y violenta.

Pregunta.— De repente, Venezuela no se apea de la primera página de los periódicos...

Respuesta.— Esta película no está hecha al margen de mi país. La cinta está rodada con la angustia y el dolor que ahora estamos viviendo por culpa de una sociedad extremadamente polarizada. Todo en Venezuela, de uno y otro lado, se hace y se piensa contra alguien. Tienes la sensación de que algo está a punto de pasar por culpa de una intolerancia increíble. No hay ningún respeto por las diferencias.

P.— ¿Considera que su cine tiene una intención política?

R.— No siento la obligación de hacer cine político, pero es cierto que siento que ahora mismo no me queda más remedio. Es una cuestión si se quiere personal. Cualquier película es un reflejo de lo que vives. Y, desde este punto de vista, todo cine es político.

P.— ¿También es política la obsesión por los concursos de belleza que se ve en la película?

R.— Alguien dijo que el PIB de Venezuela se mide por la cantidad de queratina, un producto para alisar el pelo. La violencia se ejerce a muchos niveles y esa convención de que hay que ser *Miss* a cualquier precio es, de



RAFA RIVAS / AFP

«La política en Venezuela se ha convertido en un acto de guerra»

«El ideal militar y de 'Miss' obedece a la misma lógica perversa»

algún modo, una forma de violencia de mi país. Hay dos ideales que son lo mismo: el ideal militar y el ideal de *Miss* Venezuela; el de la testosterona y el de la silicona. Y los dos están muy presentes y son igual de opresivos. Es un imaginario machista, homófobo e implantado.

P.— ¿Y cuáles serían las raíces de estos supuestos ideales?

R.— La superficialidad siempre conviene al poder. Sea cual sea el signo político. El poder no conoce ideologías. Se tiene más poder cuanto más ignorancia hay.

P.— La película, sin embargo, evita cualquier mención explícita tanto a Chávez como a su sucesor Maduro, ¿por qué?

R.— Creo que la película es muy directa puesto que habla de cómo la ideología dominante se ha instalado en las casas, en las mentes de la gente. Eso es lo que me interesaba resaltar y la crítica a lo que está ocurriendo está ahí.

P.— Pero se corre el peligro de no señalar a ningún responsable...

R.— Ése es precisamente el problema y la forma de razonar del poder. Nos pasamos el tiempo inventando enemigos; haciendo las cosas contra los demás. De hecho,

mi país ha dejado de ver contrarios políticos, que es lo que la vida civil reclama, para haber sólo enemigos. La política ahora es sólo un acto de guerra. Y contra eso habla mi película.

P.— ¿Qué siente al escuchar a gente como Oliver Stone que dice que el futuro de Sudamérica pasa por el *chavismo*?

R.— Yo le diría a Oliver Stone que viniera a mi casa y que nos sentáramos a hablar. Lo que no quiero es enfrentarme a nadie, ni siquiera a Stone. Ese es el problema: necesitamos encontrar un punto de equilibrio en el que todos nos respetemos.

P.— Hitchcock advirtió del problema de trabajar con niños...

R.— Es perfecto [se ríe]. Los niños son de una inteligencia virtuosa. Tienen claro lo que ellos son y lo que es su personaje.

Reacciones

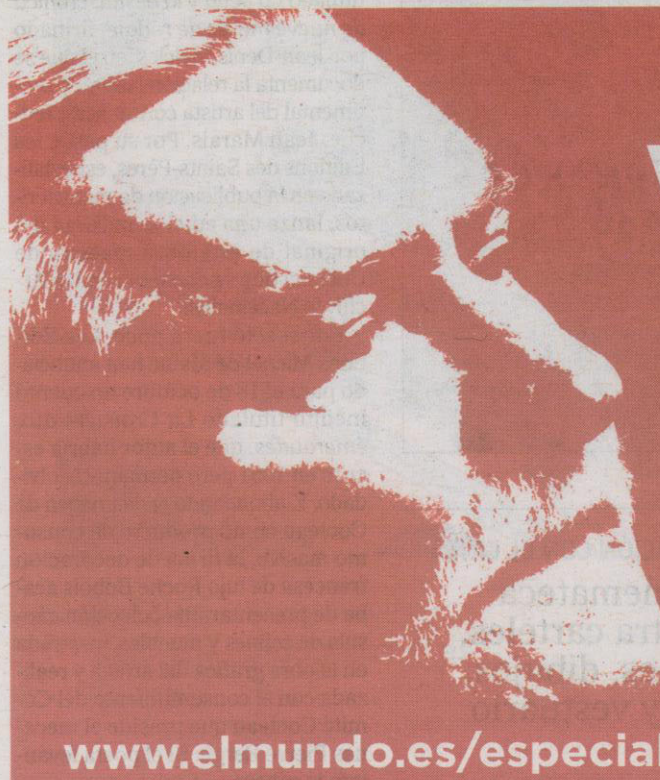
Una ficción más real que la realidad

L. MARTÍNEZ / San Sebastián
La herida fue el resultado de un error. Cuenta Fernando Franco, su director, que su idea original era rodar un documental sobre una dolencia llamada Transtorno Límite de la Personalidad. «El problema es que era imposible acercarse a estas personas sin modificar su comportamiento. Era imposible hacer algo que fuera verdad», dice. Y de ahí que se decidiera a escribir un guión. De repente, la ficción se descubre más verdadera que la propia verdad.

«Este es un proyecto básicamente visceral y, por ello, un premio es algo extraño. El premio es haberla completado», añade protocolario e inicia una reflexión sobre, cómo no, la crisis: «Imagino que son tiempos muy malos para proyectos así...». Y en los puntos suspensivos deja la sombra de una duda. No quiere seguir. «Definitivamente, no es el momento de hablar de esto», se interrumpe a sí mismo con el Premio Especial del Jurado en la mano. Días atrás se quejaba de la falta de ayudas recibidas de la Junta de Andalucía, de la torpeza de un Gobierno incapaz de ver las cosas claras con respecto al cine, de... «No entiendo ese ataque frontal de un sector de la proyección al cine español... Se atacan a sí mismo».

— ¿Le molesta que se considere que su cine está pensado y realizado para la minoría?

— Nadie puede gustar a todo el mundo. Es imposible. Lo que me deja tranquilo, más allá del premio, es que quizá guste poco, pero a lo que les gusta, les gusta mucho.



ESPECIAL

WALESA

El electricista que lideró la **revolución obrera de Polonia**, Nobel de la Paz y primer presidente democrático de su país, cumple 70 años.

www.elmundo.es/especiales

EL MUNDO.es

EM2 / CULTURA

CLAUSURA DE ZINEMALDIA

'Pelo malo', de la venezolana Mariana Rondón, triunfa en el festival de San Sebastián y la española 'La herida', de Fernando Franco, consigue el premio del Jurado y el de mejor actriz para Marian Álvarez

El cine radical español conquista un certamen que premia una crítica a Chávez

LUIS MARTÍNEZ / San Sebastián
Enviado especial

No contar cuenta. A veces el camino más seguro hacia el éxito pasa por no llamar la atención. Las polémicas desgastan. Es el caso de *Pelo malo*. La magnífica película de Mariana Rondón llegó a la programación oficial el primer día del certamen y en compañía de la propuesta más radical, coherente y, por ello, necesaria de cuantas han pasado por la sección oficial, *Enemy*, del canadiense Denis Villeneuve. Su destino parecía sellado. Y el silencio injusto que la rodeó hizo que ninguna de las infinitas quinielas, apuestas o pronósticos que ayer echaron a rodar incluyera a la cinta en el palmarés.

Pues bien, para eso están los jurados. Además de para comer sin tino.

Sólo uno de los premios principales no ha ido a parar al cine hispano

La película a su modo resume el tono de un festival donde abundaron las películas solventes, correctas, brillantes incluso; y faltó esa cinta indiscutible capaz de aunar a su alrededor todos los criterios. Mérito por tanto del equipo comandado por el director Todd Haynes, en calidad de presidente del jurado, el llamar la atención sobre este pequeño milagro injustamente escondido. Demérito, y hasta grave torpeza, el ignorar a la citada *Enemy*.

Sea como sea, la Concha Oro fue para el tercer largometraje de la venezolana Rondón. La película se entretiene en la descripción detallada y puntual de los sueños acosados de un chaval. A su alrededor, el ambiente irrespirable de un sociedad fundamentalmente violenta. Y por violencia entiéndase casi todo: desde las dudas de una madre perdida a la insalubridad de un ciudad castigada por enfermedades como el miedo, la incomunicación y la estupidez. Hablamos, claro está, de política.

La directora coloca la cámara a la altura de los ojos de su protagonista para proponer un cuento doloroso con alma de fábula. Los pelos indomables del crío interpretado por Samuel Lange se convierten de pronto en la mejor metáfora de un lazo a punto de romperse entre la infancia y lo que viene después; entre la dignidad y el rencor; entre una sociedad justa y otra que no lo es. Con los elementos mínimos, Rondón consigue un relato triste, íntimo y profundo.



Mariana Rondón sostiene la Concha de Oro por 'Pelo malo'; detrás la productora Marité Ugás, ayer en San Sebastián. J.HERRERO/EFE

No lejos, la otra película del festival fue, precisamente, la última en llegar: *La herida*. A su modo, el relato de una mujer castigada por una extraña dolencia autodestructiva se convierte en la imagen perfecta y doliente de esa otra enfermedad llamada vida. Y aquí cabemos todos: los

diagnosticados y los que en su ingenuidad pretenden pasar por sanos. Suena grave y, en efecto, lo es. La vida, esa enfermedad terminal.

De paso, la provocación que supone enfrentarse al espectador acostumbrado a los cuentos de buenos y malos con principio y fin se antoja

eso, una sana y excitante provocación. El compromiso del director consiste en desnudar la cámara de cualquier artificio (incluida la propia ficción gastada del relato) para lanzarse hacia el rostro de su personaje sin coartadas, sin piedad. La cámara se limita a hacer un corte limpio en la retina. Y así, el director alcanza a diseccionar la carne herida de su protagonista con una fiera y honestidad brutal. Tan tremendo. Y aquí conviene detenerse. Marian Álvarez, que lógicamente fue señalada con la Concha de Plata a la mejor actriz, más que interpretar, se desangra (literal) en su personaje. Su trabajo, entre la iluminación y la furia, no consiste tanto en dar vida a Ana, así se llama en pantalla, como en dotarla de sentido. Duele, intriga, angustia y, finalmente, entusiasmo. Incomprensible. Tal vez milagroso.

Justo fue designar al mexicano Fernando Eimbcke como el mejor director. Su película *Club sandwich* supone el punto más alto de una filmografía tan coherente como deslumbrante. Su cine se construye de gestos rigurosamente ciertos. Y así, hasta que cada fotograma se ensucia con el significado profundo de la voz verdad. La verdad mancha.

A su lado, la interpretación de Jim Broadbent en *Le week-end*, de Roger Michell, o el guión a seis manos de la desternillante comedia política *Quai d'Orsay*, de Bertrand Tavernier, no pueden resultar más irrefutables. Cabría preguntarse por qué no Lindsay Duncan, pareja de baile de Broadbent, o por qué tampoco Antonio de la Torre, soberbio en su contención en *Canibal*. Es más, cabría seguir preguntándose por qué la película de Manuel Martín Cuenca queda relagada a un premio técnico. Escaso, sin duda.

En cualquier caso, ausencias a un lado, queda un palmarés volcado con Latinoamérica. Queda eso, y la total ausencia de la película de la que más se hablará cuando se apaguen las luces de Zinemaldia. *Enemy* ha sido la propuesta más notoria y notable de la edición 61ª de San Sebastián. Quizá, ése ha sido el problema: hacerse notar, decíamos, puede ser un error.

Palmarés



- Concha de Oro: 'Pelo malo', de Mariana Rondón
- Premio especial del jurado: 'La herida', de Fernando Franco
- Director: Fernando Eimbcke, por 'Club Sandwich'
- Actor: Jim Broadbent, por 'Le Week-End'
- Actriz: Marian Álvarez, por 'La herida'
- Guión: Antonin Baudry, Christophe Blain y Bertrand Tavernier, por 'Quai d'Orsay', de Bertrand Tavernier
- Fotografía: Pau Esteve Birba, por 'Canibal', de Manuel Martín Cuenca

FUENTE: Festival de San Sebastián

EL MUNDO

ORBYT.es

>Videoblog desde La Concha.